

Maripili y yo

Sí, lo confieso, soy un friki y estoy enamorado. Esta coordinación copulativa puede parecer rara, pero es lo que hay.

Hace tiempo que amo, en voz activa porque me temo que en pasiva la cosa no funciona: no soy amado. Por lo que sea Maripili no quiere concordar conmigo ni en número ni en persona. Mi pasión por ella solo la puede entender Lope, sí, sí, el de la Vega porque lo dijo muy clarito y sin metáfora: *esto es amor, quien lo probó lo sabe*. Pero claro el “esto” anafórico tiene miga, hay que joderse cuando el amor llega a tu vida y pasa de largo como un complemento circunstancial.

El caso es que Maripili me sustituyó por un pronombre personal él y mi yo quedó, por lo menos, elíptico. El referente de ese pronombre tiene nombre propio y, además, aposición que me irrita sobremanera cada vez que lo escucho: Josemari, el Eros de bachillerato. El puñetero se llevaba de calle a todos los pronombres personales femeninos del instituto; se le atribuyen, no sé por qué, los adjetivos calificativos en grado superlativo. ¡En fin, un excremento! No quiero rebajarme al registro vulgar.

Yo en cambio, soy un friki sin función alguna, destinado a quedar en el olvido y morir como palabras arcaicas o excluidas del diccionario. Mi madre es la única que me califica en grado positivo, será porque madre... no hay más que una. Vamos, que soy una especie de verbo defectivo o, peor, un vocablo sin posibilidad de formar una palabra compuesta. ¡Con lo que me gustaría derivarme, componerme o parasintetizarme con Maripili!

Pero todo esto cambió en pleno solsticio de verano. Esa noche se celebraba un baile de fin de curso muy al estilo americano; el problema es que no tenía ningún determinante que me acompañase, así que acudí solo con la soledad de un verbo transitivo sin complemento directo.

Los diferentes componentes oracionales del instituto danzaban cual verbos de movimiento en la pista adornada para la ocasión. Hacía calor y esta afirmación no por impersonal resultaba menos calurosa.

Sentado en una silla junto a un único verbo irregular, miraba y miraba a Maripili de reojo ejercitando plenamente la locución adverbial. Pasó, mejor dicho, se pasó - intensifico el se dativo para demostrar mi interés en el evento- toda la noche con su

campo semántico pero no con su sujeto particular, activo y, se supone que, protagonista de su acción amorosa.

Finalmente, ¡viva los marcadores textuales, los conectores y la madre que los parió!, cuando iba a irme allá sobre las cuatro de la madrugada para seguir escribiendo el relato de este concurso, Maripili se me acercó. Estaba tan cerca de mí cual complemento de régimen verbal con su preposición. Ese fue el comienzo de lo que llegaríamos a formar juntos: un SN sujeto y un SV predicado, una estructura tan simple como grande y compleja. Lo que viene a ser... una relación amorosa.

Las primeras palabras que articuló no las recuerdo muy bien, solo asentía con la cabeza sin enterarme de nada como ella misma hacía en las clases de lengua, porque digamos que la sintaxis no era lo suyo, iba más perdida en el tema que un determinante acompañando a un verbo en forma personal. Al final logré entender que requería mi ayuda para aprobar la asignatura en setiembre por lo que acepté sin rechistar. Podía ser una puerta hacia la oración compuesta, difícil pero posible.

Después me dirigí al complemento circunstancial de lugar en el que vivo para poder asimilar el momento vivido con Maripili. Cogí las *Rimas y Leyendas* de Bécquer para inspirarme y endulzarla con los encantos de la poesía romántica del siglo XIX. Sí, poesía era ella.

A la mañana siguiente, antes de que comenzar mi función diaria, recibí un mensaje de Maripili en el que decía textualmente: "Gracias por aceptar prestarme tu ayuda para aprobar Lengua, ya me dirás que circunstancial de tiempo y lugar le ponemos a nuestra quedada".

Me quedé gratamente sorprendido al ver que hiciera referencias sintácticas, incompletas, pero interesantes; no me lo esperaba de quien tiene problemas para diferenciar una pasiva refleja de una impersonal con lo fácil que es. Además, pensé -sumando información con este extraordinario conector- que del circunstancial de modo... ya me encargaría yo. El caso es que, aunque no distinga un complemento predicativo de un circunstancial de modo, yo la amo y cueste lo que cueste será amado porque Maripili me hace tan feliz como un verbo copulativo con su atributo.

Contesté su mensaje con una oración simple como el mecanismo de un pito, pero efectiva: Te haré la reina de mi sintaxis. Sujeto elíptico, verbo predicativo, complemento directo (con un complemento de nombre) y... mi complemento indirecto.

Su contestación no tardó en llegar, haciéndose la remolona cual verbo copulativo con valor predicativo, me dijo sin tapujos: “Si así apruebo Lengua, seré tu Dulcinea del Toboso”.

Con ese mensaje me ganó. Si estaba enamorado, ahora lo estaba todavía más si cabe. No podía creer que alguien como yo, más raro que un pronombre relativo, fuera objeto de ese interés, y sí, lo sé, interés es el vocablo apropiado. Pero, en fin, dejémonos de rollo sintáctico-metafísico y vamos a la acción verbal.

Por fin llegó el momento de conjugar mi vida en la primera persona del plural del presente de indicativo. Y... empezamos el repaso por lo más simple, la fascinante estructura del sintagma nominal. Y... estábamos solitos, valga la ternura del diminutivo.

Por desgracia, el asunto no iba a ser tan fácil como reconocer un sujeto. Alguien llamó a la puerta. Era Josemari. Cuando lo vi me enfadé más que una pasiva cuando no tiene su complemento agente, ¡acababa de joder el momento perfecto de concordarme con Maripili!

Entró con aires de ganador, como si hubiese descubierto la función de una proposición subordinada sustantiva, aunque pensándolo bien no creo que supiera lo que es. Josemari es de ciencias y se pavonea en las clases de Física al demostrar las leyes de Newton, patético. Y es que, si hay algo que no aguanto, es ver cómo los científicos escriben signos y numerales que dicen descubrir valores extraordinarios para las últimas letras del abecedario: las magníficas x, y, z... cuando no hay nada más gratificante que analizar una oración compuesta de siete verbos, un par de ses y un complemento predicativo de complemento directo.

Pero vayamos al grano. Le preguntó a Maripili el motivo por el que estaba con ella a solas en su casa, a lo que ella le respondió con esta oración compuesta que nunca voy a olvidar: “Ahora soy su reina sintáctica, la que en setiembre será coronada en el reino de la Lengua Castellana con los laureles del aprobado, así que, lárgate y déjame en paz dado que pronto nos pondremos a hacer sustituciones pronominales de comprobación funcional, de manera que te quiero bien lejos de mi circunstancial de lugar”.

Me quedé más alucinado con sus palabras que un niño al descubrir las formas verbales irregulares, pero más alucinó Josemari con ese posesivo contundente que venía a confirmar que yo era su rey sintáctico.

Verbalizando oraciones simples con sujeto elíptico en un registro más que vulgar, se acercó a mí con la intención malsana de golpearme con la potencia de un circunstancial de cantidad tamaño XXL. Sin embargo, la suerte sonrió a este pobre verbo defectivo.

Justo en ese circunstancial de tiempo entró por la puerta la Madre de Maripili, y sí, madre en mayúsculas porque no había visto mujer así desde la lectura -obligatoria por más señas- de *La Casa de Bernarda Alba* de Lorca. No puedo describirla, me faltan adjetivos, no encuentro palabras. Nunca antes me había pasado, por lo que es posible que me sobrevalore a mí mismo un pelín.

La señora Madre pegó unos gritos tan aterradores que no supe identificar la función sintáctica de los varios sintagmas empleados. Era evidente que la relación que mantenían Josemari y Bernarda era peor que la de un predicado nominal y un predicado verbal al querer dominar en una oración. Y tanto en esa guerra como en la de los predicados siempre gana el que más tiene: el predicado verbal al haber más verbos predicativos que copulativos y la Madre en este caso tenía un numeral ordinal de edad mucho más alto que Josemari.

El pollo salió con el rabo entre las piernas mientras yo seguía más perplejo que el día que descubrí la existencia del complemento oracional. La Madre había echado a Eros del Bachillerato de su casa en un pim-pam como el que pone un deíctico sustituyendo todo un largo párrafo. El momento se podría calificar de muy incómodo: un friki sintáctico, un personaje lorquiano y la razón por la que estoy escribiendo esto, mi Maripili. Ninguno vocalizó más allá de algún simple sintagma aislado. No hubo oraciones completas.

Más tranquilos todos, la Madre tomó las riendas de un minidiscurso coherente y cohesionado sobre las actitudes violentas en la sociedad de consumo. Finalmente explicitó que aún no había acabado de hacer la compra y que solo había venido a dejar un par de bolsas porque no podía más. Aquella manera en la que se refirió a su acción como que aún no estaba acabada era simplemente perfecta, daba pie a quedarme más tiempo con Maripili estudiando sintaxis.

Una vez solos, Maripili y yo como sujeto protagonizamos la acción del verbo besar en una preciosa oración recíproca. De nuevo, no puedo describirla, ni analizarla, me faltan adjetivos, no encuentro palabras. Nunca antes me había pasado, por lo que se confirma que me sobrevaloro lingüísticamente. ¡Vaya tarde que llevaba!

El verano pasaba y Maripili mejoraba en Lengua. Después de mucho esfuerzo y dedicación por fin consiguió aprender las formas verbales más irregulares, ¡incluso me escribió una carta para mi cumpleaños analizada sintácticamente! Yo era feliz, juntos practicábamos lengua en todas sus modalidades. Por fin había dejado de ser un triste se impersonal para ser un esplendoroso se pasivo reflejo: me dejaba querer.

El verano llegó a su final y a Maripili, la hora del examen. La acompañé como un buen determinante a su sustantivo al circunstancial de lugar donde me había convertido en la fiera sintáctica que soy hoy. El aula de Lengua nos esperaba.

Estaba seguro de que aprobaría el examen como cuando veo un *que* en una oración, sabía que iba a salir bien. Y así fue como pasó, Maripili salió contenta, con la certeza de haber identificado hasta las perífrasis verbales aspectuales.

En aquel momento me di cuenta de que lo había logrado, se podía decir en activa y en pasiva, incluso las gentes por la calle utilizaban recíprocas para hablar de nosotros, se aman, decía la mirada de todo el mundo. Así pues, a modo de celebración, la invité a mi circunstancial de lugar a hacer un repaso de la anatomía humana, porque la lengua ya nos iba muy bien a los dos.

Pero en la vida no es todo tan fácil como localizar un verbo en una oración. Al día siguiente Maripili fue a recoger la nota, y sin sorpresa alguna había conseguido el numeral cardinal más alto que te pueden poner en un examen. No la acompañé porque me quedé en casa leyendo a Neruda y escribiéndole una bonita carta de amor.

Lo que pasé por alto aquel día fue que Josemari también iría a recoger sus notas. Estaba sediento de venganza y se sentía como una palabra fuera del diccionario desde el día de Bernarda. Como si fuese el mismísimo Eros bajado del Olimpo endulzó a Maripili.

Ella no apareció por mi circunstancial de lugar e hizo caso omiso de mis interrogaciones que quedaron en retóricas. Me envió un mensaje que decía: “He sacado un 10 en el examen gracias a ti, mi rey sintáctico, ahora me voy con Josemari a quien (relativo-CD) hace tiempo que no veo y le (leísmo aceptado) echo de menos. Nos vemos cuando empiece el curso”.

En ese momento ya me daba igual ese sintagma nominal en aposición refiriéndose a lo que soy para ella, me había dejado por alguien que no sabe qué es un verbo pseudocopulativo. Solo me pasaba por la cabeza describirlo con adjetivos en registro muy, muy vulgar, pero recordé a Rubén Darío y *que el amor no admite cuerdas reflexiones*, y si algún día ella quisiera volver a formar una bonita oración como lo

habíamos hecho hasta ahora, estaría dispuesto a ser, como siempre, el determinante de su nombre o la preposición de su complemento de régimen.

Sergio Utero (1r Batxillerat B)